

# CULTURA Y TIEMPO: UNA REFLEXIÓN DESDE FREGENAL DE LA SIERRA

*J. Carlos González Faraco*

*J. Andrés Serrano Blanco*

*J. Carlos Delgado Expósito*

## CULTURA Y DESARROLLO

La patria de Benito Arias Montano es hoy una sombra de lo que fue. No hay más que pasear por sus calles para contemplar cómo un largo abandono ha hecho mella en su importante patrimonio arquitectónico y cómo, a causa de la emigración, muchas casas tienen cerradas sus puertas casi todo el año. El bullicio de bares y plazas durante la romería o en los meses veraniegos es engañoso. Como tantos otros pueblos serranos anclados en la periferia marginal del sistema económico, Fregenal ha sufrido en sus carnes un serio descenso de población mientras decaían sus antiguas fuentes de riqueza. Ahora sólo es noticia cuando se descubre que en unas instalaciones pegadas a su casco urbano se han venido depositando, con nocturnidad y alevosía, algunas toneladas de residuos peligrosos. Irónicamente se trata de las mismas instalaciones que iban a representar en su día la definitiva salvación de la comarca. Su nombre, PRESUR.

Mientras la economía tradicional languidecía, el desarrollo pasaba de largo, el ferrocarril iba enmoheciéndose y se dilapidaban una cultura, una forma de vivir y entender la vida que terminarían siendo, en parte, pasto de suburbio en Madrid o en Barcelona. Es a esa cultura a la que nosotros nos queremos referir en esta comunicación. A esa cultura de calidad que cualquiera que tenga ojos y oídos puede percibir en la gente de Fregenal y en la gente de la Sierra en general, y que se echa de menos en el litoral. No somos nosotros quienes hemos dicho (pero estamos completamente de acuerdo en ello) que Sierra Morena es la región andaluza más culta. En Fregenal (dejemos a un lado las divisiones administrativas), esa excelencia

cultural es manifiesta. No reside sólo en las piedras de la historia, ni en un ramillete de hijos ilustres (que los tiene, y en buen número). Forma parte del tejido humano. Es un capital que perdura y es tan valioso que no tiene precio. Tal vez por eso duerme el sueño de los justos. Nuestra intención es llamar la atención sobre la necesidad de despertarlo.

Marvin Harris, el afamado antropólogo, dice que la cultura es la interfases entre el hombre y su medio. De ese modo concebida, la cultura no puede ser reducida a un artefacto histórico admirable pero yerto, ni menos aún a una mercancía para turistas de fin de semana. La cultura es un capital crítico, que discierne, que dota de sentido, que interpreta y que se aplica en la vida colectiva. Nuestro objetivo es enfatizar y ensalzar la capacidad de producción cultural de las comunidades, en sus cambiantes relaciones con un entorno, que hoy es en parte virtual e inconmensurable, a partir de un *saber de fondo* heredado que, en la Sierra, contiene una riqueza extraordinaria. Este énfasis responde también a una inquietud, que es la que nos causan fenómenos que ya despuntan en la Sierra de Huelva. Hablamos de intervenciones en favor del desarrollo que se rigen por patrones culturales importados, incapaces de movilizar la *inteligencia social serrana*, y por fórmulas de las que puede derivarse una dependencia sin fin previsible. La puesta en valor y la movilización de un capital cultural, acaso dormido, pero presente y sustantivo debería ser la pauta a seguir. Los dos ejemplos que aquí se exponen recogen precisamente, en ámbitos sociales diferentes, dos contribuciones culturales endógenas. Que estén aquí quienes las protagonizan es lo más importante, porque ellos mismos son la prueba de esa capacidad de creación y recreación cultural que las comunidades y los sujetos tienen, con independencia de la ayuda de expertos, del apoyo oficial o de la incitación foránea.

Sin embargo, esta necesidad de que los habitantes de las zonas rurales, como la Sierra, dejen de ser *objeto* de desarrollo, de cultivo cultural o de «patrimonialización» histórica, sin más destino que lo verde o lo ecoturístico, y sean *sujetos agentes* de su desarrollo, a partir del fondo cultural tan valioso que poseen, topa con un muro de conceptos que se ha instalado parasitariamente en los modos más habituales de contemplar y promover el desarrollo. El último informe del Banco Mundial señala que la raíz del subdesarrollo hay que buscarla en el conocimiento. De acuerdo, pero siempre que se entienda por conocimiento una construcción plural y participada, que promueva la igualdad y no la división social. Desde este

punto de vista, es inadmisibile el despilfarro que supone infrautilizar, relegar al olvido o, peor aún, convertir en mero escaparate comercial ese conocimiento social, capaz de producir cultura, que los habitantes de la Sierra tienen. Su desarrollo pasa ineludiblemente por revitalizarlo.

Nuestro interés no es el de explicar con pormenores conceptos como patrimonio histórico, tradición, ruralidad, desarrollo, conservación de la naturaleza y otros tan recurrentes hoy en día en la Sierra; tan sólo, alertar sobre su significado más tópico y discutir su utilización social y política; repensarlos, en fin, en el marco contemporáneo de la sociedad de la información y del mercado global, pero dentro de sociedades periféricas que necesitan desarrollarse (democráticamente) esquivando peligros como el que supone confundir *cultura popular* con *cultura política*.

En efecto, uno de los comunes aderezos del modelo de desarrollo aplicado a sociedades rurales en nuestro país es la recuperación y puesta en valor de sus legados y tradiciones ancestrales. Esta idea se ha incorporado a la generalidad de los proyectos de preservación de espacios naturales, como éste mismo de la Sierra de Aracena, mediante gerencias de fomento u otro tipo de agencias cuyo papel es el de movilizar la iniciativa local a través de programas de ayuda económica y técnica. El problema es que si este impulso exógeno de la iniciativa local no produce los efectos deseados, lo que por desgracia es corriente, otros actores foráneos toman enseguida posiciones aventajadas, dejando una vez más a los habitantes rurales en pasiva expectación con un rol secundario que, en situaciones extremas, podríamos calificar de neocolonial. Este papel, que los deja al albur de decisiones de otros, no es sólo consecuencia de un proceso de institucionalización erróneo e injusto. En casos, la población rural ha ido cayendo en una especie de comfortable inmadurez, al socaire de riesgos empresariales o arduos proyectos de cualificación, aferrada a los frágiles pero constantes beneficios de un discurso *indigenista o autoctonista* que los gobernantes locales no dudan, a veces, en airear.

Lo vernáculo se transforma así en el arma predilecta del *mensaje populista*. El orgullo populista tiene su envés en la conducta *miserabilista*, aunque tanto uno como otra son mistificaciones igualmente deplorables (Grignon y Passeron, 1992). En este caso, se trata de denostar la cultura popular, por sus muchas carencias y atrasos, y reclamar el derecho al desarrollo, desde un victimismo de pedigüño que siempre achaca a otros las

penurias propias. La soberbia y la defensa a ultranza de las diferencias *culturales* se truecan ahora por la postración y el deseo de parecerse a los demás. Sin el menor reparo, se llega a usar estas dos perspectivas simultáneamente, sin entrar en la cuestión de fondo: la diferencia radical que hay entre la *cultura popular* y la *cultura política*.

La primera, que concierne al *pueblo* -concepto del que se abusa no poco-, es observada como un organismo autónomo y autocomplaciente, al margen de todo análisis político o social. Su respeto y consideración se han convertido en el talismán de cualquier propuesta económica de desarrollo local. La segunda, que concierne al *ciudadano*, representa el caudal cultural que permite a los miembros de una comunidad tomar parte activa en las decisiones que les afectan. La cultura política se basa en el análisis de las condiciones de vida y contempla la cultura como un fenómeno complejo y en movimiento, y no como una unidad homogénea y aislada. En ausencia de una sólida cultura política, los planes de desarrollo suelen derivar en formas políticas paternalistas y oligárquicas y crean un sistema cultural dual o «darwinista».

De una parte, se sitúan quienes poseen el conocimiento técnico y científico, normalmente procedentes del exterior. Su papel debería ser provisional pero suele acontecer que terminan ocupando definitivamente los cargos decisorios de las nuevas instituciones que se crean para poner en marcha el proyecto de desarrollo. Su conocimiento, conseguido en procesos de habilitación académica, les confiere la legitimidad y, en teoría, les proporciona la capacidad para influir en las decisiones fundamentales. En principio, deberían alentar la capacitación de la población local con el fin de que ésta pudiera ir haciéndose con las riendas del proyecto de desarrollo al cabo de algunas generaciones. Lamentablemente, como ya hemos dicho con anterioridad, el desarrollo (aún cuando se reclame «sostenible») se vuelve en demasiadas ocasiones un simple plan de choque en infraestructuras y equipos, que se esfuma cuando cesa la inversión, sin dejar fuentes de riqueza duraderas.

En el otro polo, están quienes atesoran el conocimiento de la experiencia acumulada. Su valor cultural es indudable, pero está muy limitado por estrictas coordenadas locales. Su mantenimiento, como si se tratara de un bien patrimonial, lo transforma en un objeto inerte, es decir, lo desnaturaliza, porque en realidad la cultura es un producto histórico y, por tan-

to, dinámico, que se mueve al compás de los cambios en la estructura social y el estilo de vida. Confiar a las sociedades locales la exclusividad de su salvaguarda, como un espléndido regalo, es una concesión lógica pero también inquietante, porque de ese modo se les asigna un rol más próximo a la custodia de la tradición que al protagonismo cultural en su porvenir. Podría decirse que las sociedades locales se vuelven espectadores a los que hay que sensibilizar y concienciar para que no agredan los bienes culturales y naturales del territorio donde viven. Esa objetivación -que podría derivar incluso en un renovado pintoresquismo- no les va a capacitar para dirigirlo, tan sólo para admirarlo, y contribuir a su conservación desde una posición de receptores en continuada dependencia.

Por eso, recuperar la «inteligencia social», valiéndonos de las palabras del ruralista Hernández Montesinos, debe convertirse en el verdadero horizonte de las comunidades de la Sierra. Esa recuperación debe hacerse prioritariamente a partir de la propia capacidad de producción cultural, sobre un fondo de saber sustantivo, puesto en valor a través de formas de auténtica participación. La reconsideración de la cultura tradicional desde la más absoluta contemporaneidad; la revalorización de las relaciones del hombre serrano con un medio que ha venido históricamente entendiendo con categorías propias muy depuradas y del que incomprensiblemente se ha separado para caer en manos de categorías extrañas de origen urbano; éstas pueden ser dos vías estratégicas para el desarrollo serrano a través de la movilización cultural de los ciudadanos de la Sierra. Estas Jornadas vienen siendo un buen acicate para todo ello. Las dos muestras que aquí traemos de Fregenal de la Sierra, (una relacionada con la música popular; otra, con la conservación de los recursos naturales y del patrimonio histórico al unísono), explicadas por quienes han sido en parte sus promotores, quieren enfatizar esta idea de que la cultura es algo vivo, creador, indisoluble del desarrollo humano y que, lejos de ser sólo un legado o una seña de identidad, es también y sobre todo una construcción colectiva, el alimento semántico de la sociedad civil, obtenido de la participación y la autogestión activa de los ciudadanos. C. Geertz, el eminente antropólogo, dice -y no le falta razón- que una cultura es una floresta de símbolos. Lo que nos preocupa, por encima de todo, es saber quién decide el sentido de los símbolos y a quién beneficia esa decisión.

## CULTURA POPULAR, FOLCLORE Y FIESTA

Aumentar el atractivo y el dinamismo de los pequeños y medianos núcleos rurales debe considerarse fundamental para asegurar su supervivencia y su desarrollo. Hoy más que nunca, se hace necesaria una profunda reflexión sobre el territorio como medio natural y sobre sus gentes como portadoras de una riqueza cultural que desaparece a pasos agigantados, absorbida o transformada por otras formas culturales impuestas y alienantes. Acaso, tras estas premisas y las que antes se han referido, esté surgiendo un nuevo concepto de folclore, enfocándolo hacia unos fines sociales muy diferentes a los que tenía en su origen, sin olvidar los fines políticos que en los últimos veinte años se le han añadido, como refuerzo de las diferencias entre regiones.

Es evidente que el significado que hoy se otorga al baile y a la música popular en general no es el mismo que tenía para nuestros abuelos. Para ellos, tan sólo se trataba de una forma de amenizar acontecimientos sociales como las bodas, bautizos, matanzas caseras, el remate de las tareas agrícolas, etc. Actualmente, estas manifestaciones han accedido a los escenarios y se consideran un espectáculo, como una especie de museo itinerante de la música y la danza tradicional, si bien es cierto que algunas expresiones permanecen fieles a su origen primero y siguen ligadas a una festividad religiosa (es el caso, por ejemplo, de los «Lanzaores» de la Virgen de la Salud en Fregenal).

La mayor parte de los componentes de lo que solemos considerar cultura tradicional (danza y música, gastronomía, fiestas, romerías, patrimonio arquitectónico, artesanía, etc.) empieza a tener un nuevo sentido. Por un lado, vienen sirviendo, como ya se ha dicho, para reforzar la identidad comunitaria de los pueblos y, por otro, se han convertido en un reclamo turístico de primer orden que, junto a la riqueza ambiental, puede suponer un nuevo medio de vida y alimentar la depauperada economía del sector primario. En esta línea cabe subrayar el auge que el turismo rural está experimentando. En la Comunidad Extremeña, por poner un ejemplo, su gobierno autónomo ha creado la figura de «Fiesta de interés turístico regional», lo que permite a las agraciadas gozar de publicidad en los mercados turísticos y ferias del sector, potenciándose una afluencia de visitantes que, en casos, sorprende. La apuesta por estos sectores económicos emergentes ha calado incluso en la Universidad de Extremadura, que ha

creado recientemente la Diplomatura de Turismo. Sin duda, cuando en estos momentos hablamos de cultura popular o de conservación y uso de recursos naturales lo hacemos desde nuevos parámetros que, con ésta y la siguiente intervención, vamos a ilustrar.

En cuanto a la recuperación y revalorización de la música y la danza popular, hemos de comenzar diciendo que, en Extremadura como en otras regiones del país, el proceso operado en los últimos veinte años está estrechamente relacionado con la vertebración del Estado de las Autonomías. La nueva organización política del país y la misma sociedad civil apostaron por poner en valor las más rancias costumbres tradicionales de nuestros pueblos. En este tiempo, las antiguas Asociaciones de Folclore, mayoritariamente Grupos de Coros y Danzas, procedentes de la Sección Femenina, han irrumpido con renovados bríos y con nuevas perspectivas. En el caso extremeño, el asociacionismo dio pronto buenos resultados y, en torno a la Federación Extremeña de Folclore, se aglutinó un ejército de asociaciones de corte tradicional, amén de una selecta nómina de investigadores, musicólogos y folcloristas en general. La creación de este proyecto de trabajo, que doce años después pervive, fue llenándose de contenido. La revitalización de muchas manifestaciones folclóricas que estaban en declive ha sido la clave del éxito y el acicate de cara al futuro.

Las distintas líneas de actuación han logrado situar al folclore extremeño en una cómoda posición que asegura su supervivencia y su contribución al desarrollo cultural de las comunidades:

– Las fiestas de mayor interés se han agrupado bajo la denominación de «Fiestas de interés turístico regional». Es el caso del *Peropalo* de Aldeanueva de la Vera, la *Encamisá* de Torrejuncillo, la Semana Santa de Jerez de los Caballeros, la *Chanfaina* de Fuente de Cantos, San Antón de Navalvillar de Pela, los *Empalaos* de Villanueva de la Vera, etc.

– Los Grupos de Coros y Danzas, por su parte, dieron vida al *Festival de los Pueblos del Mundo*, al que concurren anualmente cientos de personas de diferentes culturas y partes del mundo, a través de innumerables agrupaciones folclóricas que permanecen en gira por Extremadura durante un mes, llegando a más de sesenta poblaciones, donde comparten vivencias con sus vecinos y movilizan a más de cien mil espectadores. Agrupaciones extremeñas hacen lo propio, viajando cada año a numerosos países para

mostrar el amplio abanico de bailes y canciones populares, además de una representación de la gastronomía regional, y promover una cálida comunicación intercultural y dejar una abundante información turística.

– También se produce una importante divulgación de los materiales folclórico-literarios recuperados. Sus dos máximos exponentes son el «Premio García Matos» y la revista «Saber Popular». El primero se encarga de premiar trabajos de investigación, mientras que la segunda se ocupa de divulgar todo tipo de aportaciones relacionadas con la cultura tradicional.

Más de siete mil personas participan activamente en esta nueva etapa de desarrollo del folclore extremeño. Unas contribuyen a mantener, adaptándolas a los tiempos, en una recreación cultural persistente, las fiestas y las costumbres populares. Otras llevan a los escenarios y a las calles y plazas el grato recuerdo de bailes y canciones tradicionales que, habiendo perdido su razón original, recobran nuevo significado en las relaciones actuales de los pueblos con su medio.

Acercándonos a nuestro propio medio, que no es otro que la Sierra, queremos hacer alusión a dos ejemplos de esta «nueva concepción» del folclore, tan directamente vinculada al desarrollo cultural de la sociedad civil serrana, extraídos de dos fiestas de Fregenal de la Sierra: la Romería de la Virgen de los Remedios, que se celebra en primavera, y la Fiesta de la Salud, que tiene lugar el 8 de Septiembre.

Ambas tienen un «componente musical» que las hace atractivas más allá del sentido religioso que las impregna. La primera originó, hace ya más de veinticinco años, la creación de un grupo folclórico, *Los Jateros*, en torno al cual se agrupan más de trescientos componentes de todas las edades (téngase en cuenta que Fregenal no llega a los cinco mil habitantes). Su primer objetivo fue bailar y cantar el amplio repertorio frexnense y extremeño en la festividad de la Patrona de su pueblo, para convertirse después en una espléndida asociación cultural que, mucho más allá del mero desarrollo del folclore, promueve un ideario en el que no falta el compromiso solidario con el Tercer Mundo, por ejemplo fomentando el apadrinamiento de niños, la convivencia intercultural y el espíritu internacionalista, como queda palpable en la organización anual del «Festival Internacional de la Sierra». Tras quince años de continuada andadura, ha logrado convertir el mes de agosto en Fregenal en punto de cita para la



comarca, gracias a multitud de actividades que se desarrollan dentro de un rico programa. Nos encontramos, una vez más, con esa nueva concepción del folclore que, además de cumplir un sentido estrictamente cultural, genera otras posibilidades y valores que desembocan en la mejora de la calidad de vida de los habitantes de la Sierra.

La Fiesta de la Salud proporciona a los habitantes de Fregenal una sensación casi mágica que reciben a través de la música genuina del tambor y la gaita y de la danza que ejecutan los «Lanzaores» de la Virgen de la Salud. A diferencia de los Jateros, esta danza de la Salud tiene una antigüedad de al menos doscientos cincuenta años. Originalmente tendía a identificarse con una de las tres demarcaciones parroquiales de Fregenal, Santa Catalina, en la que se concentraba la población jornalera del pueblo, la de mayores estrecheces económicas y una menor consideración social. A ese carácter religioso tradicional, que no ha perdido, se le añade hoy su capacidad de identificación social de todos los frexnenses.

## CULTURA Y NATURALEZA

Las antiguas relaciones del hombre con la naturaleza de las Sierras de Fregenal no diferían mucho de las que se daban en otras áreas serranas. El hombre utilizaba, aún hoy utiliza, lo que la tierra gratuitamente le ofrece: leña, pastos, miel, a sabiendas de que, dependiendo del buen uso que hiciese, obtendría o no beneficios en épocas en las que las necesidades básicas se cubrían con dificultad. Incluso los gobernantes locales, conscientes de la importancia de estas relaciones, podríamos decir que se comportaban como verdaderos conservacionistas. Baste el ejemplo de algunas Ordenanzas Municipales de Fregenal de la Sierra del año 1668, en las que se recogían consideraciones que en nada tienen que envidiar a las leyes proteccionistas actuales. Veamos algunas de estas normas.

En el título primero de las Ordenanzas, referidas a los plantíos, se lee lo siguiente:

*«Primeramente es ordenanza que cualquiera personas o vezinos de esta Villa que quisieren plantar Olivares, o Pinales, o Frexnos, o Álamos o otros Árboles qualesquiera, lo pueda hacer, y hagan libremente y hagan libremente en sus heredades; y plantados, los puedan criar ...».*

En el capítulo cinco, por ejemplo, se prohíbe la corta de árboles. También, en otro texto, se contemplaba la prevención de incendios.

Ya en este siglo, concretamente en la década de los veinte, comienza a celebrarse el «Día del Árbol», mucho antes de que se hiciera últimamente costumbre general. Se hacían obras de teatro, se leían poesías, se plantaban árboles, etc. Son intentos primerizos de llevar hasta el pueblo una cultura del árbol que, sin lugar a dudas, podríamos considerar como una semilla de lo que será mucho más tarde la llamada educación ambiental.

Con el tiempo, a consecuencia de diversos fenómenos sociales y económicos, el medio natural de la comarca serrana ha ido siendo expuesto a una serie de amenazas. El consumismo, que potencian los medios de comunicación, genera residuos, tanto sólidos como líquidos, que en muchos casos van a parar a nuestros campos y ríos. Asimismo, la fauna silvestre se ve acosada por una caza incontrolada, obras de infraestructura poco respetuosas con los ecosistemas, venenos y un sinfín de negligencias que ya, en su momento, llevó a numerosas especies al borde mismo de la extinción o a una situación crítica. Es el caso de mamíferos como el lobo, desaparecido de la comarca en la década de los sesenta, o el lince, que corrió la misma suerte; aves como la cigüeña negra, que cuenta con escasos efectivos, o el águila imperial ibérica, son crudos ejemplos de la situación que sufre parte de la fauna serrana en la actualidad.

Si hablamos de la flora, vemos con estupor que nuestro árbol más emblemático, la encina, tan crucial para la economía agropecuaria de la Sierra y base de una cultura, la de la dehesa, tan valiosa, padece a veces podas abusivas y talas indiscriminadas, acercándolo a una situación que a medio o largo plazo posdría ser muy peligrosa para la naturaleza serrana. La misma sobreexplotación ganadera pone en jaque, en ciertas zonas, su calidad y diversidad vegetal.

Las soluciones que se acometen habitualmente no producen el efecto deseado. No parece que el problema pueda resolverse tan sólo con grandes inversiones económicas ni con la creación de parques y reservas. Ni los programas de salvación de especies en peligro ni las repoblaciones forestales son una solución definitiva. Tal vez los esfuerzos deban encaminarse hacia la educación, mediante la concienciación de los ciudadanos, particularmente de los más jóvenes, pero también con la recuperación de ese

conocimiento sobre el medio, de esa cultura ambiental que tenían estas comunidades y que les permitía desarrollar formas productivas sostenibles. Revitalizar esa cultura, adaptándola al conocimiento hoy disponible, es la única vía razonable y seguramente la más eficaz.

A modo de ejemplo, quiero hacer mención, a continuación, dentro de este espíritu, a un proyecto que venimos desarrollando en Fregenal y que vincula la protección de la fauna con la conservación y puesta en valor del patrimonio arquitectónico. Efectivamente, los edificios históricos y los monumentos de nuestros pueblos no tienen por qué ser mirados tan sólo como objetos estéticos o como morada y disfrute de los seres humanos. También son residencia de otros seres, menos valorados, pero sumamente importantes: aves y también reptiles. En las viejas piedras de nuestros castillos e iglesias, podemos encontrar a la cigüeña común, al cernícalo primilla y al gorrión, por no citar más que unas pocas de una gama notable de especies orníticas. También grietas y recovecos son el hogar de la salamandrina y la lagartija. Su presencia en los edificios les da otra dimensión. En realidad es como si les añadieran vida a lo que a veces convertimos en simples artefactos muertos. Embellecen torres, almenas y campanarios, pero además son grandes aliados del hombre, como tenaces consumidores de roedores e insectos. Nuestros pueblos han tenido en su cultura este conocimiento, firmemente aliado de su economía. Retomararlo y actualizarlo es imprescindible.

Lamentablemente, en las restauraciones que se acometen, la mayoría de estas especies no son tenidas en cuenta. Sus nidos son derrumbados o las oquedades donde anidan o se guarecen son tapados. Son los casos de la cigüeña o la primilla. Por fortuna, hay casos, como el de Fregenal, en que el catálogo de esta fauna urbana y la consecuente campaña popular han valido para que la reciente restauración del Castillo Templario siga unas pautas más respetuosas. Las obras de taponamiento de los huecos de la muralla amenazaban una colonia de cernícalos. Las gestiones con la empresa constructora permitieron salvar la colonia. De igual modo se actuó en las obras de restauración de la Iglesia de Santa Catalina, realizada por una Escuela Taller local. En ambos casos fue posible conciliar la conservación de la fauna y la restauración artística, uniendo en una sola mirada y en una sola decisión cultura y patrimonio natural. El papel educativo de estas medidas ha sido importantísimo, como también lo ha sido su gestación civil, lo que una vez más muestra la capacidad que cada comunidad tiene,

si se lo propone y cuenta con la sensibilidad de las autoridades, de crear y orientar participativamente sus propia cultura y su propio desarrollo.

## BIBLIOGRAFÍA

- BERGER, P. y LUCKMAN, T. (1994): *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu Ediciones, 12.<sup>a</sup> reimp.
- GONZÁLEZ FARACO, J.C. (1998): «Los dilemas de una educación para el desarrollo en áreas periféricas de la Unión Europea». En *Actas del VI Congreso Nacional de Educación Comparada*, Sevilla.
- GRIGNON, C. y PASSERON, J.C. (1992): *Lo culto y lo popular*. Madrid, Ediciones de la Piqueta.
- HERNÁNDEZ MONTESINOS, D. (1990): «Educación Ambiental en el medio rural: una estrategia de recuperación de la inteligencia social». *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 7.
- DELGADO EXPÓSITO, J.C. y SÁNCHEZ, I. (1990): *Estudio ecológico de la zona de la Parra y terrenos circundantes*. Badajoz, Diputación Provincial.
- DELGADO EXPÓSITO, J.C. (1994): *Fregenal de la Sierra. Sus aves urbanas*. Ayuntamiento de Fregenal de la Sierra.
- DELGADO EXPÓSITO, J.C. (1998): «Historia de lobos en la comarca de la Sierra». *Saber Popular, Revista Extremeña de Folklore*, 12.
- MARCOS ARÉVALO, J. (1987): «El folklore desde la antropología». *Revista de Estudios Extremeños*, 43 (3). Diputación Provincial de Badajoz.
- MARTÍ I PÉREZ, J. (1996): *El folklorismo. Uso y abuso de la tradición*. Barcelona, Ronsel.
- VELASCO, H.M. (1988): «El evolucionismo y la evolución del folklore». *El Folk-lore Andaluz*, n.º 2.